

ANDALUCIA ORIENTAL

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

II

Director: FRANCISCO VELARDE

Año. I Núm. 3.

ALMERIA, 11 de FEBRERO de 1926

Redacción: Marco 7

YA SABEMOS DE INGRATITUDES

Nuestras rebeldías

Aún cuando hubimos de surgir a la vida periodística con el ánimo saturado de sanos optimismos, no podíamos por menos de esperar un comentario de la opinión pública: aquél ha sido favorable; ésta ha sido benévola, aún sin embargo de ciertas asperezas nacidas en su seno, y que están un tanto justificadas como que constituyen las necesarias excepciones.

Un sector, insignificante por fortuna, de la opinión, nos ha conceptualizado de modestos jóvenes, sin apasionamientos ni rebeldías.

Y no se equivocan los que tal verdad afirmaron; tanto más, cuanto que solemnemente confesamos, como ratificación al concepto por ellos definido, que ni somos ni seremos apasionados, ni rebeldes con lo que no debemos ni podemos serlo: con la religión del Estado, que es, felizmente, la que profesamos. Poner nuestros esfuerzos y acumular nuestras ansiones ante la herencia de nuestros mayores, sería poner nuestro cerebro en pugna con el corazón, con nuestra propia conciencia; poner nuestros entusiasmos al servicio de la religión que profesamos, es sumirnos en la satisfacción que ofrece y que presta el cumplimiento de un dictado de nuestra conciencia.

Pues, que las rebeldías y los apasionamientos deben desarrollarse exclusivamente en el campo político-social, así nosotros, seremos apasionados con lo que de anónimo nos ofrezca la política e indómitos rebeldes ante los defectos y ante la ponzoña que la sociedad moderna nos ofrece como recompensa a nuestro vivir diario.

Corazones de piedra

Un caso frecuente en novelas de carácter sentimental, ha sido objeto de una viva realidad en estos últimos días y en esta misma provincia.

En los alrededores de un pueblo donde se consumen calladamente los sentimientos más sagrados en la prodigalidad de sus crímenes, enemigo de la soledad de los campos y en un amanecer invernal, se ha encontrado envuelto en pañales, un ser recién nacido. Realidad tan viva como dura, tan fría como hueca de nobles sentimientos, tan negra como el corazón de los que hoy han realizado la fechoría de abandonar un hijo suyo.

Las circunstancias que hayan concurrido para cometer este acto de lesa humanidad, las ignoramos; pero sean las que fueren, no pueden atenuar la responsabilidad de los protagonistas.

Por lo general, suele acaecer, que estos casos de premeditada maldad, se cometen con el propósito de correr un velo, que cubra aparentemente ciertas manchas, que la sociedad considera como un estigma, y de esta forma seguir luchando sin desdoro entre el mundanal ruido, con el sello de la honestidad.

Esas manchas, pueden y deben lavarse sin necesidad de tápujos que no cubren nada, sino con el estoicismo y alteza de miras a que tiene derecho el que vio la luz del día en condiciones que están al margen de los trámites legales establecidos.

La peor solución que se puede dar es la del abandono; puesto que no hay razón alguna que pueda, no justificar, sino simplemente alegar, en favor o disculpa de los que por temor, vergüenza o por lo que fue-

se, consintieron y ejecutaron un hecho de tal naturaleza.

¿Quién no ha tropezado en el camino de la vida? ¿Puede nadie vanagloriarse de no haber caído, o de no caer alguna vez?

Cuando la desgracia se ceba en nosotros, cuando la fatalidad nos persigue; cuando en un momento de ofuscación cometemos actos que repudian a la conciencia; cuando la serenidad y firmeza de ánimo nos dejan y, por consecuencia, nos vemos arrastrados hacia el arroyo; cuando se tropieza y cae, lo más digno, lo más honroso, lo más humano, es incorporarse fuertes y hombres, y con una voluntad capaz de subsanar el yerro o de reparar la falta, acometer con brío la empresa redentora, con una mano puesta en el corazón, que exige el cumplimiento del deber, y con la otra, apartando los prejuicios maliciosos que forzosamente han de salir al paso, y saltando por encima de los obstáculos que esta sociedad defectuosa ha puesto para postergar al caído, vencer y redimirse.

Ese es el camino a seguir cuando la desgracia se obstina en desorientar y entorpecer la marcha normal de la vida; lo demás es cobardía o instintos refinados de crueldad.

Se ha pretendido salvar el honor con un procedimiento que verdaderamente ha quedado mancillado. Ha sido mucho peor el remedio que la enfermedad.

La tierna e inocente criatura, con los puños cerrados y dando manotazos al aire, exteriorizaba su indignación; y mirando al cielo, parecía suplicar al Dios Misericordioso, clemencia y perdón para esos padres desalmados, que tal vez no conozca nunca, y un poco más de blandura y humanitarismo en los corazones de los hombres, que se atreven a poner en práctica injusticias y crueldades, que las fieras de las selvas siberianas se negarían a ejecutar.

FRANCISCO VELARDE.



ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA



INQUIETUD

No sé quién eres, ni por quién suspiras... si vas dentro de mí o eres mi sombra... Mas siempre el labio sin cesar te nombra en este afán de hallarte que me inspira.

¿Por qué no llegas a la cita? Vente. Siempre te busco sin jamás hallarte. Se va la juventud sin encontrarte. ¡Oh, la pérdida juventud tiemble!

A veces en la sombra de mi estancia, creo percibir la pálida fragancia de tu voz rumorosa que me nombra.

Me incorporo de afán; que llegas creo. Y al extender los brazos, sólo veo la sombra de mis brazos en la sombra.

Luis G. HUERTOS.



NUESTROS TRIBUTOS

HOMENAJE A ALMERIA

«Mi mayor orgullo es haber nacido en esta bendita tierra de Almería, aunque me entristece el ostracismo en que la apatía de sus hijos, y para cuyo resurgimiento, causa noble a la que todos debemos dedicarnos, no cesará de luchar mi pobre pluma.»

ALISOGRÍ.

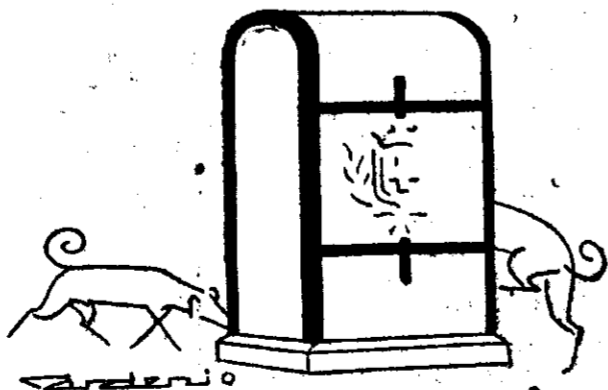
SE VENDE

Con 250 ejemplares debidamente rectificados en Enero del presente año, se vende la propiedad literaria y clichés de la importante obra «Anuario de Almería y su Provincia».

Dirijirse a su propietario, don Ramón Rodríguez Martínez, calle de Luis Salute n.º 22.



UN INVENTO, por GARDENIO



Ingenioso aparato que colocado en el centro de una calle impide que los perros alcen la pata en las esquinas.

PÁGINAS DE LA VIDA

CON MUCHA NOBLEZA.

Una noche de invierno fría y lluviosa. Dos golfillos están, ateridos, ante una de las ventanas del elegante restaurant que hay en la ciudad. Desde la calle, con los ojos desmesuradamente abiertos, miran envidiosos los manjares que llevan los camareros de unas a otras mesas. Los tziganes hacen sonar los instrumentos musicales.

Un golfillo (al otro).—Mira; Chuchi, qu'ansioso es aquel tío. S'ha comió lo menos 4 platos rebosantes. Y la furcia que está con él no ha probao un bocao siquiera. ¡La muy tonta! ¡Estar sentá ahí, con tantas cosas ricas delante, y no catarías!

Chuchi.—¿Cuántos dices?

Un golfillo.—Aquellos qu'hay sentaos en la mesa pequeña que tié tantas flores... ¡Míalos! ¡Anda, pos si es el marqués tan esaborio que nos pegó con el bastón cuando tomamos a su portal como el Palace Hotell!

Chuchi (pálidociendo y apretando los puños con rabia).—¡Canalla...! ¡Si no hubia sabío qu'era mi padre... aquella noche l'abro la cabeza d'una pedrá, por mala sangre que tié!

Un golfillo (asombrado).—¿Qu'es tu padre? ¡Si habías bebido diría qu'estabas tambaleante! ¡Los hay ilusos! ¡Amos, que si lo repites vas a hacer me carcajeé...! ¡Nos ha fastidiado el marqués! (Pausa). Oye, y ese marquésao ¿tié título, por un casual?

Chuchi (tristemente).—Lo tiene; pero pa mí como si no lo tuviera; yo no quiero ser marqués: ¿pa qué?

Un golfillo.—¿Y él sabe que es tu padre?

Un golfillo.—¡Claro! ¿No lo va a saber? Cuando mi agüela se fué al otro barrio y yo me quedé solico en el mundo, no m'acuerdo quién me dijo que fuera a verlo. Y yo fui; y entre lágrimas, muertecito de hambre y de frío, le pedí que me diera lo que tuviera voluntad de darme. Le supliqué que, al menos, si no quería tomarme en su casa, me pagara un colegio donde yo m'hubia hecho un hombre... (Cast llorando al recordario). Y él me contestó que sí, qu'era hijo suyo; m'habló de no sé qué prejuicios; estuvo mucho tiempo diciéndome cosas... Y me dijo, también, que no podía hacer ná por mí; que lo sentía porque, al fin y al cabo, era hijo suyo... Al rato salió un vizjo con unas barbas muy grandes y muy blancas: dicen que es mi agüelo. Pues mi agüelo tampoco quiso oírme y me dijo con mucha rabia y amenazándome con el puño: «¿Este es el bastardo? ¿El hijo d'aquella mala mujer que embaucó a mi pobre hijo? No pío seguir hablando, porque yo al oír que decía aquellas cosas tan feas de mi madre, cogí una cosa de cristal qu'habla con ceniza y colillas de puros encima de una mesa y se la rompí al viejo aquel en la frente. Tó lo había permitido: qu'hablaran mal de mí; que me negaran lo que legalmente dicen que me pertenece; que no me dieran amparo...; en fin, tó. Pero qu'a mi madre qu'era mu buena, qu'era una santa, y si alguna cosa mala hizo fué pecar d'amor, dejarse engañar por el hombre qu'ella quería, la llamaran mujer mala... ¡no! ¡Eso no dejo que lo diga nadie! M'echaron de aquella casa a patás. (Se limpia los ojos con los puños).

Un golfillo.—Amos, no llores, hombre! ¡Parece mentira! (Cast llorando). ¡Los hombres no lloramos! Y menos porque un malvao nos desprecie. Amos a dormir, Chuchi; amos a nuestro Hotell que la noche amenaza agua.

(El marqués que cenaba, sale ebrio de vino y lujuria, abrazando a su acompañante. En la puerta se encuentran con los dos golfillos).

La amiga del marqués.—¡Dále algo a esos muchachos!

El marqués.—¿A los golfillos estos? ¡Cá! No quiero que les limoanen que dé se les gasten en vicios...

La amiga del marqués.—Mira aquél que simpático parece. Tiene tu misma cara. Anda; dále unos céntimos. Quizá no tendrán donde pasar la noche, tan mala que hace

El marqués (reconociendo a su hijo).—¡Ah! ¿Eres tú? ¿No te tengo dicho que no quiero encontrarte en mi camino? (Le dá un bastonazo; Chuchi ahoga un grito de dolor. La amiga del marqués se quita una sortija y la entrega al desgraciado Chuchi. Unos guardias aciertan a pasar por el lugar de la acción, y oyendo las quejas del marqués asegurando que los golfillos son unos impertinentes, quieren—¡cómo no!—llevarlos detenidos. Los golfillos desaparecen corriendo en las sombras de una calleja próxima. El marqués empuja a la prostituta que le acompaña hasta meterla en un lujoso «auto» que emprende veloz carrera calle abajo. Los guardias continúan su camino. El estrepitoso sonido del jazz-band pone una nota de alegría en la paz provinciana.

Una habitación que demuestra la pobreza de su dueño. Dos o tres sillas rotas; una mesa muy vieja; en las paredes algunos retratos de personajes célebres recortados de los periódicos ilustrados. Al oscurecer.

Un golfillo.—Pos ná, tío Justicia; que como yo sé que es usted mu lelo y mu escribío, dije a éste, digo: «Chuchi, amos a c'at tío Justicia a que vea la manera de poder hacer que tu padre te dé aunque no sea más que la «delustración» que tú quieres. Y, aquí nos tié usté...

Tío Justicia (hablándole con cariño).—¿Y qué quereis que os diga? En eso no podrás conseguir nada. El sirvergüenza de tu padre —y perdona la frase, chico—no te dará nada; lo conozco muy bien: no tiene corazón, no tiene sentimientos... Pero aunque poseyera todo esto, aunque su voluntad hacia ti fuese muy grande, la sociedad, el mundo a que pertenece, en vez de aplaudir su buena acción le retirarían su amistad; huiría de él la gente, y él, seguramente, quiere evitar los prejuicios sociales... Tú seguirás siendo el hijo sin nombre, y la gente, en el caso supuesto de que tu padre te ayudara, te desprendería porque no tienes nombre... Tú, que no tienes culpa de nada, sufrirías viéndote menoscabado por los que siempre tienen por qué callar... No intentes reclamar nada a tu padre. Sigue el camino que la vida te tiene señalado...; procura ser honrado, bueno, laborioso, y a hacer acciones que nadie te pueda recriminar.

Las sombras de la noche invaden la pobre habitación. El tío Justicia sigue dando consejos a los golfillos. Chuchi murmura palabras sordas, mientras en su corazón florece un odio grande hacia la sociedad que lo condena... Entretanto, esa sociedad sin sentimientos, vive aparentando felicidad y causando dolor a los infelices...

VICENTE GUERRERO.



CERVECERIA ESPAÑOLA

Exquisitos cafés, ponches y cerveza.

Paseo del Príncipe, 11

Ca Alhambra

Amplias habitaciones.

Servicio esmerado.

Prezios económicos

Real 2

Almería